

CAPITULO IV.

Nuevos frutos de la Mision del Chablais y conferencias con Teodoro de Beza.

(1596 y 1597.)

La vuelta de Francisco de Sales á Thonon llenó de alegría á los católicos. Durante su ausencia se consideraban huérfanos, y al volver á verle experimentaron la dicha de los hijos que encuentran á su padre despues de una larga separacion. Su gozo se aumentó al oír de él mismo la relacion de lo que habia conseguido y esperaba en lo sucesivo de las disposiciones favorables del Duque de Saboya: dieron gracias á Dios, que tiene el corazon de los príncipes en su mano, y la bendijeron con santos transportes de júbilo (1).

Pero tanto como los católicos se alegraron por el feliz resultado del viaje de su apóstol, otro tanto se irritaron violentamente los herejes al punto que lo supieron. Apenas se estendió por la ciudad la noticia de que el Prepósito se proponia celebrar la Misa de Navidad en la iglesia de San Hipólito, el furor de los ministros no conoció límites. Te lisonjeas, dijeron al Prepósito atacándole en medio de las calles, de que tu religion triunfará en este país: ya sabremos poner buen coto á esto, y veremos si eres hechicero ó profeta. «Por la misericordia de Dios, les contestó el santo apóstol, no he sido nunca hechicero ni quiero serlo; tampoco soy profeta, no merezco este don de Dios, que está reservado á almas mas dignas de él que la mia. Sin embargo os digo, que dentro de poco tiempo el calvinismo cederá el lugar á la religion católica; Dios mismo lo hará, y será al fin el dueño.—Si se atreven á violar hasta este punto nuestros privilegios, replicaron, llegaremos á los últimos extremos antes que permitirlo.» El apóstol poco

(1) Carta XX.

atemorizado con estas amenazas, se ocupó de las reparaciones que se debian hacer en la iglesia, en levantar allí un altar, y acordó con los (1) obreros el dia oportuno para este trabajo, prometiendo ponerse á su cabeza si intentaban atacarlos. En efecto, llegado el dia el populacho hereje, sublevado por los principales de la ciudad, se apostó con armas y palos en la plaza de la iglesia para impedir la entrada á los obreros. Los católicos, por su parte, acudieron con armas para sostener su causa; y el tumulto estaba á punto de degenerar en una lucha sangrienta, cuando el intrépido apóstol se presentó delante con un rostro tranquilo y sereno, un aspecto grave y majestuoso; arengó al pueblo amotinado, y á su voz, que templaban igualmente la dulzura y la firmeza, todas las amenazas se calmaron, todas las cóleras se comprimieron, la entrada de la iglesia quedó libre, y solo se oyó un murmullo sordo que dejaban escapar al retirarse, como los últimos esfuerzos de la pasion ante el poder misterioso que la dominaba (2).

Los síndicos y consejeros de la ciudad, no bien hubieron sabido la victoria que el Prepósito acababa de conseguir, acudieron al punto en persona para darle otra acometida no menos terrible. Acercándosele con una fiereza amenazadora: «Perturbador del reposo público, le decian, ¿con qué derecho empredeis la construccion de un altar en esta iglesia? ¿Ignorais que, por el tratado de Nyon, nuestra ciudad ha sido declarada libre, y por consiguiente no podeis decir aquí Misa sin nuestro consentimiento?—Si esta ciudad es libre, replicó el Prepósito, no teneis derecho á oponeros al ejercicio de nuestra religion, así como nosotros no nos oponemos al de la vuestra. Así lo entiende el Duque de Saboya, y en prueba de ello, hé aquí las cartas por las cuales me manda ejecutar lo que hago ahora; y no toca á vosotros el oponeros

(1) El P. La Riviere, p. 157.

(2) Carlos Aug., p. 127.

«á las órdenes del príncipe.—Le habeis sorprendido y engañado, exclamaron, el príncipe no quiere arrebatarnos nuestros derechos, y os prohibimos formalmente que continúeis.» Al punto hicieron estender por notarios públicos un acta solemne de oposicion, pero el Preósito contestó «que protestaba contra su oposicion como un crimen de rebelion y de lesa majestad, y que nada en el mundo le haria diferir la ejecucion de las órdenes de su príncipe. «Todo lo que puedo hacer en vuestro favor, añadió, es declarar que levantando aquí un altar y celebrando en él Misa, no pretendo por eso derogar vuestros derechos, si los teneis verdaderos, comprometiéndome á someterme en esto á la decision ulterior del príncipe. Voy á escribirle; escribidle tambien por vuestra parte si os parece, y nos atendremos á su respuesta.» (1)

Los síndicos, confundidos por esta firmeza acompañada de tanta sabiduría, y obligados á moderarse, se limitaron á exigir que no se estableciera mas que un altar provisional de madera. El Preósito creyó deber acceder á esta exigencia por el bien de la paz; hizo levantar prontamente el altar, adornó la iglesia tan bien como se lo permitia lo escaso de sus recursos, y colocó allí imágenes y cuadros piadosos, colgaduras de seda y de hilo, lámparas y muchas luces, y en la noche de Navidad, esa noche tan amada de la piedad, los católicos pudieron oír Misa en esta iglesia, donde hacia cerca de sesenta años el sacrificio del altar habia dejado de ofrecerse.

El santo apóstol les dió la Comunión, que recibieron con un gozo inefable, y puso el colmo á su dicha con una alocucion sobre el misterio del pesebre, tan llena de uncion y de piedad, que todos se retiraron como embalsamados de la gracia del Espíritu Santo que hablaba en él. Despues de haber vuelto á decir por la mañana Misa de la aurora, celebró á las diez la del dia, y tuvo el consuelo de ver asistir á ella de setecientas á ochocientas personas,

(1) De Cambis, t. I, p. 202.

varias de las cuales habian acudido de los pueblos de mas allá del Drance (1). Tal fue la época memorable, á partir de la cual no cesó de decir Misa en esta iglesia, y de celebrar en ella solemnemente los Oficios divinos todos los domingos y fiestas con los sacerdotes de los alrededores que iban á asistirle (2).

Todos estos trabajos no le impidieron escribir al Duque de Saboya, como lo habia anunciado á los síndicos de Thonon, para quejarse de su oposicion. «Levantando un altar en la iglesia de San Hipólito, dice en su carta (3), no se viola el tratado de Nyon, y aun cuando se violara, no toca á ellos entender en esta violacion, porque no es con ellos sino con los Berneses con quien ha sido hecho el tratado. No se les perjudica, puesto que nos limitamos á atraerlos por la persuasion al estado primitivo, del cual no han sido arrancados sino por violencia. ¿Por qué, pues, no están en libertad para volver si quieren al gremio de la iglesia? Permitid, Monseñor, á mí que llevo la cruz blanca (4) impresa en mi corazon con un celo ardiente por el servicio de V. A., deciros libremente lo que pienso; importa mucho que dejando la libertad de conciencia á estos pueblos conforme al tratado de Nyon, favorezcáis con todo vuestro poder á los católicos, y prohibáis se inquiete á los que abrazan y propagan la verdadera fe.»

Para asegurar mejor el éxito de su peticion, el santo apóstol escribió al mismo tiempo al Nuncio de Turin, instándole á que obtuviera del príncipe una pronta respuesta, «porque, decia, la oposicion que se me hace es un último esfuerzo del enemigo, y si el ejercicio de la religion católica llega á ser una vez libre, este tirano de las almas quedará prontamente vencido.»

(1) Carlos Aug., p. 127.—De Cambis, t. I, p. 202.

(2) El P. La Riviere, p. 158.

(3) Carlos Aug., p. 129.

(4) Carta XXI.

(5) Estas eran las armas de la casa de Saboya.

La deseada respuesta no se hizo esperar largo tiempo. «Aprobamos, le escribe el Duque de Saboya con fecha 7 de enero de 1597 (1), que hayais erigido un altar en la iglesia de San Hipólito, y aplaudimos todo el bien que haceis por la gloria de Dios y la estirpacion de la herejía. Hemos visto con pena que se os han suscitado oposiciones, y con placer que las habeis vencido. Continuada con toda la prudencia que os es propia.»

A una carta tan benévola, el Duque de Saboya añadió otro favor. Accediendo al deseo que el Preósito le habia espresado en una carta anterior, envió al Chablais al senador Favre para hacer conocer su voluntad á los ciudadanos de Thonon. Feliz en secundar el celo de su santo amigo, este digno delegado del príncipe los reunió en la casa de la ciudad, y allí les declaró con un tono firme que Su Alteza Real tomaba bajo su proteccion á todos los sacerdotes y católicos del lugar; que queria que el ejercicio de la religion católica fuese público en Thonon; que la Misa se celebrase en la iglesia de San Hipólito; que se predicase allí públicamente, y que la predicacion fuese anunciada por el toque de la campana mayor (2).

Esta declaracion produjo el mejor efecto, tanto mas cuanto que la Providencia puso al senador en posicion de velar por su ejecucion. Habiendo vacado la plaza de presidente del Consejo de Ginebra, el Duque de Saboya, aceptando la propuesta del Duque de Nemours, le nombró para esta dignidad, eminente aunque no lucrativa, conservándole el título y tratamiento de senador de Chambery, lo que le obligó á ir á establecerse á Annecy, donde estaba establecido este Consejo (3).

Como vivia cerca de Thonon, iba á visitar á su digno amigo, y á ayudarle con todo su poder; para esto no necesitaba mas que presentarse, porque toda su conducta era

(1) Carta XXII.

(2) Miston de los Capuchinos, disc. II, p. 18.

(3) Dic. de Saboya, t. II, p. 114.

en extremo edificante, y solo verle producía el efecto de un sermón. Otro motivo, el de su interés espiritual, le llevaba tambien á Thonon: habiéndose colocado con toda su familia bajo la direccion del santo apóstol, acudia con frecuencia á abrirle su conciencia, dándole una exacta cuenta de todo su interior, para arreglar con él lo que debia evitar ó hacer; obedeciendo al guia de su alma con la sencillez de un niño el que, ya en aquel tiempo, habia compuesto el *Código Fabriano* y otras muchas sábias obras. Durante catorce años que permaneció en Annecy, no declinó un punto de esta alta perfeccion, recibiendo puntualmente todas las semanas los Sacramentos de la penitencia y Eucaristía, lo que le hizo elevarse á una virtud tan sólida, que habiendo caido en una ocasion peligrosamente enfermo, lejos de dejar escapar una palabra de queja, no tenia en su boca, en lo mas fuerte de sus sufrimientos, sino aquellas bellas palabras del Salmista y de San Agustín: *Mi corazon está preparado, Dios mio, mi corazon está preparado; aumentad mis dolores con tal que aumenteis mi paciencia* (1).

Fácilmente se comprenderá cuán útil era á la causa católica el espectáculo de una vida tan edificante. Un hombre de este temple hacia brillar ante los pueblos la escelencia de la religion que tan bien sabia practicar. Movidos por sus ejemplos y sus discursos, tres poblaciones del Chablais, los Allinges, Mezinges y Brens, al menos en gran parte, prometieron en su presencia abjurar solemnemente la herejía, y lo hicieron en efecto así que supieron la celebracion pública del santo sacrificio en Thonon; lo que les valió por parte del Duque de Saboya la concesion de varios privilegios, y por parte del Obispo de Ginebra la ventaja de ser los primeros en tener un pastor para que les prestara sus auxilios. El santo apóstol, en virtud del poder que habia recibido del prelado, nombró cura de los Allinges á la vez que de Mezinges, á un sacerdote que se dis-

(1) Vida de la M. Favre, c. I.

tinguia por su talento en la predicacion y en la direccion de las almas, é instituyó cura de Brens al canónigo Luis de Sales, el fiel compañero de sus trabajos, que siendo al mismo tiempo señor temporal de esta parroquia en union con su hermano Gaspar de Sales, no podia menos de tener una grande influencia sobre los pueblos para atraerlos á la fe (1). Mientras que Francisco organizaba así las primeras parroquias del Chablais, recibió una carta del Arzobispo de Bari, recientemente nombrado Nuncio en Turin, en que le pedia detalles sobre su mision, y unia á los mas lisonjeros elogios la promesa de cooperar con todas sus fuerzas al progreso de esta santa obra. Francisco en su respuesta (2), empezó por manifestarle el gozo que sentia por la eleccion que habia hecho Su Santidad de tan digno prelado para proteger y levantar las pobres iglesias de Saboya. «V. E., »dice, muestra bien claramente el interés que tiene en so- »correr á esta provincia aflijida, pues se ha dignado escri- »birme y tratarme tan familiarmente, á mí que no soy mas »que un simple particular, indigno de esta atencion. La »idea demasiado ventajosa que os ha dado de mí Su Alte- »za, siempre inclinada á creer el bien, me compromete á »redoblar mis esfuerzos para procurar corresponder á ellos. »Nada hay en mí que justifique esta nueva opinion, sino »un deseo sincero de servir á la Iglesia, y de obedecer con »la prontitud posible las órdenes de mis superiores, y en »particular las de V. E.» Despues de este preámbulo, Francisco espuso el estado pasado y presente del Chablais, sus esperanzas de buen éxito si la paz llegaba á consolidarse entre el Duque de Saboya y los Berneses, y los medios que habia propuesto ya al príncipe para atraer todo el país á la fe romana.

El santo apóstol no cesaba de trabajar para apresurar esta feliz conversion, objeto de todos sus deseos, teniendo para ello que arrostrar grandes contradicciones. Sus ene-

(1) Carlos Aug., p. 129.

(2) Carta XXIV.

migos tomaban pretesto de las funciones mismas de su ministerio para exasperarse contra él. Habiendo sabido que el primer día de Cuaresma por la mañana habia hecho, segun el uso de la Iglesia, la ceremonia de la Ceniza, esa ceremonia tan fecunda en saludables reflexiones, tan á propósito para abatir el orgullo del hombre, recordándole que es polvo y en polvo se ha de convertir, hicieron de ella el asunto de sus críticas y de sus burlas. Al dia siguiente, insistiendo en el mismo tema, encontraron esta práctica absurda, intolerable, vergonzosa para el país; poco á poco, á fuerza de amontonar los epítetos, las cabezas se acaloraron, se exaltó la cólera, creciendo y amenazando estallar la tempestad; y dándose cita para el dia siguiente, en el momento en que Francisco pasaba por la calle, cayeron sobre él llenos de furor. Afortunadamente no estaban acordes; los unos querian llevarle á la cárcel y encerrarle como un loco que habia llevado la demencia, decian, hasta bendecir la ceniza y ponerla en las cabezas de sus correligionarios; los otros querian conducirlo á cierto lugar de la ciudad, y allí apedrearle como á un malhechor (1). Mientras debatian entre sí, el santo apóstol se evadió sin que le sucediera ningun mal, pero mas intrépido al salir del peligro que antes, no dejó pasar ningun dia de la Cuaresma sin ir á decir Misa por la mañana y predicar por la tarde en la iglesia de San Hipólito, y todos los domingos despues de medio día, explicaba el catecismo al mayor número de niños y de adultos de ambos sexos que le era posible reunir, haciéndoles conocer con tanta claridad como interés, los elementos de la doctrina cristiana.

El contraste de tanto celo con la conducta del ministro Viret, que no predicaba mas que una vez cada domingo, y eso con disgusto, hizo apreciar mas al sacerdote católico, al mismo tiempo que rebajó en la consideracion de los suyos al ministro hereje, cuyo crédito disminuía de dia en dia (2).

(1) *Año de la Visitacion*, 21 de febrero.—De Cambis, t. I, p. 259.

(2) Carlos Aug., p. 145.—El P. La Riviere, p. 159.

Para contrarestar esta opinion desfavorable, Viret procuró hacer despreciable á su adversario y su doctrina, calificando de idolatría y de sacrilegio el sacrificio de la Misa que se celebraba públicamente en Thonon, y repitiendo en público, que el dogma de la presencia real destruía el símbolo y alteraba la *analogía* de la fe; espresion, dice Francisco, que ninguno de sus oyentes comprendia, pero de la que le gustaba servirse para parecer mas sabio (1). A fin de refutar estos errores, el santo apóstol, cediendo á las instancias que le hicieron, compuso un pequeño tratado bajo el título de *Consideraciones sobre el Símbolo de los apóstoles, para confirmacion de la fe católica con respecto al Sacramento del Altar* (2). En este escrito, el piadoso autor espone, en forma de oracion, no solo las razones mas á propósito para afirmar en la fe á aquellos á quienes atemorizaba la incomprendibilidad del misterio de la presencia real, sino aun la analogía de la fe de este misterio con todos los que están contenidos en el Símbolo. Así, sobre la primera palabra del Símbolo, *Creo*, el autor exhala este grito de fe y de amor: «Cuando considero sobre vuestros altares, ¡oh Salvador mio y Dios mio! vuestro sacratísimo cuerpo que habeis sazonado con tantos milagros para alimentarnos en este desierto, lleno de admiracion no tengo en la boca otra palabra que esta protestacion de mi insuficiencia: ¿Qué es esto? ¡Oh, Señor! Mi juicio natural y mis sentidos me presentan mil combates, y me dicen: ¿cómo es posible que este Salvador haya dado á comer su carne?... Pero por vuestra gracia, Dios mio, creo! Soy creyente y fiel, y no me toca entender ni comprender; y cuanto mas difícil se me hace entender y comprender este sacramento, mas creible y venerable lo encuentro, resplandeciendo mas la fe allí donde el entendimiento se halla sumido en la mayor oscuridad. Pasando de aquí el autor á la segunda palabra del Símbolo, *en Dios Padre todopoderoso,*

(1) Prólogo del tratado del *Amor de Dios*.

(2) *Entretencimientos espirituales*, tratado X, p. 138.

»*criador del cielo y de la tierra*: Dios es Dios en todas las cosas, dice, pero en las cosas mas difíciles hace ver mejor su dignidad.... Si la palabra de Dios ha tenido tanta virtud, que las cosas que no eran han sido, ¡cuánto mas la tendrá para hacer que tengan sér donde bien le parezca las que existen, y para cambiarlas en otras! Si ella ha puesto en un lugar lo que no existia, ¿por qué no ha de poner en varios lo que estaba en uno?» El autor llega en seguida al artículo que refiere que *Jesucristo ha nacido de la Virgen María*, y sobre él hace este comentario: «¡Oh, Dios mio! ¿á qué buscar el orden natural en vuestro cuerpo, que ha sido formado sobre todo órden natural y ha nacido de una Virgen? Pero si vuestro cuerpo, al atravesar el vientre virginal de María como un rayo del sol por el cristal, salió sin ocupar lugar, ¿por qué se ha de encontrar increíble que no lo ocupe en este Santísimo Sacramento?»

El ministro Viret creyó encontrar en estas últimas palabras materia para una censura, y se atrevió, contradiciendo la comun creencia de los mismos protestantes, á sostener que María habia dado á luz á Jesucristo como las demás mujeres, y que la proposicion en que se anunciaba que su parto habia sido milagroso, era no solo falsa sino herética. Al autor no le costó trabajo refutar la asercion del ministro, probándole con la Escritura que la virginidad de María no sufrió detrimento alguno en su parto, porque se ha dicho en Isaías, no solo que una virgen concebirá, sino que una virgen parirá. Le opuso en seguida á San Ambrosio, de donde habia estraído testualmente las palabras acriminadas; á San Agustin, que declaró á Joviniano hereje por haber sostenido el mismo error que el ministro; y terminó con la refutacion completa de todas las malas razones que habia espuesto Viret en apoyo de su aserto. El ministro contestó, pero el santo apóstol le opuso al punto una réplica en la cual, siguiendo á su adversario paso á paso, le batió con argumentos tan victoriosos, que aquel pobre hombre, reducido al silencio, no sacó de su ataque mas que la vergüenza de una completa derrota y la censura de sus

compañeros, que desaprobaron hubiese discutido sobre punto generalmente admitido por la reforma (1).

No es fácil comprender cuanto perjudicó á la causa del ministro esta derrota, perdiendo á causa de ella casi todo el crédito que tenia entre los suyos. El primer síndico (2) de Thonon, Pedro Fournier, se escandalizó hasta el punto de sentir que se alteraba su inclinacion al calvinismo. Cuanto mas reflexionaba sobre la conducta de Viret en toda esta disputa, mas desconfianza concebía respecto de las doctrinas que predicaba este ministro. Por fin tomó el partido de ir á ver á Francisco, para conferenciar con él sobre los puntos que separan á los católicos de los protestantes. La luz de la verdad no tardó en brillar ante sus ojos, y como su alma era recta, así que la vió quiso seguirla, y pidió con instancias volver lo mas pronto posible á la religion de sus padres, que la herejía le habia hecho abandonar. El Prepósito no creyó conveniente precipitar este acto. Considerando que debía acompañar una gran publicidad á la abjuracion de un hombre revestido de la autoridad pública, anunció la ceremonia con algunos dias de anticipacion, é invitó á ella al mayor número de personas posible. En el dia señalado y á la hora prefijada, partió para la iglesia de San Hipólito llevando de la mano al síndico, y acompañado de todos los católicos que habian acudido á ser testigos de una ceremonia tan consoladora. Marchaban con una piadosa alegría, cuando de repente los herejes, amotinados por los ministros que estaban furiosos con lo que sucedía, se precipitan sobre la procesion y arrojan sobre ellos una lluvia de piedras, con las que algunos son heridos gravemente. Los católicos indignados iban á rechazar la violencia con la violencia; pero el santo apóstol no lo permitió. Ordenó que la procesion continuase su marcha, y cuando entró en la Iglesia, se colocó en la puerta. Desde

(1) Carlos Aug., p. 143.

(2) El primer síndico era el hombre encargado de gobernar en gefe los negocios de la ciudad.

allí, volviéndose á los que los atacaban, supo calmar tan bien su furor con la dulzura de sus palabras y la serenidad de su rostro, que todo quedó tranquilo, y la ceremonia pudo efectuarse con un profundo recogimiento, cosa que todos consideraron como un prodigio (1).

Fournier, despues de su abjuracion, quiso hacer en seguida estender acta pública de su catolicismo, y escribió al Papa en nombre de la ciudad de Thonon, para protestarle su fidelidad y su obediencia: «Porque, decia, una ciudad cuyo primer magistrado y un gran número de sus habitantes han abrazado la verdadera fe, no debe ser llamada calvinista, sino católica.» Francisco reunió el consejo de la ciudad para deliberar á este efecto, y escribió una carta que fué firmada por todos los católicos de Thonon, en la cual (2) los recién convertidos, despues de manifestar su reconocimiento al soberano Pontífice por la benevolencia especial con que los habia honrado, declaraban reconocer en él al único y soberano pastor, al cual ha confiado Jesucristo sus ovejas con el principado del sacerdocio apostólico, suplicándole humildemente postrados á sus pies, les continuara los beneficios de su solicitud y ternura paternal.

Los habitantes de Thonon no fueron los únicos que se aprovecharon de los sermones de su apóstol, pues los soldados que componian el regimiento del Conde de Martinengues, que eran católicos, habian ido de guarnicion á esta ciudad al fin de Cuaresma, y seguido con asiduidad las instrucciones del apóstol, lo cual produjo en ellos tanto fruto, que quisieron todos confesarse con él. Francisco oyó sus confesiones con su dulzura y caridad ordinarias, teniendo el consuelo de administrarles la Comunion el Jueves Santo, el Sábado Santo y el dia de Pascua (3). Una inadvertencia, ocurrida á uno de los que comulgaron este dia, le probó sus buenas disposiciones. Este valiente militar, es-

(1) Carlos Aug., p. 143 y 144.—De Cambis, t. I, p. 260.

(2) Carta XXIII.

(3) De Cambis, p. 260.